

Celina Mariseth Ramos tenía 16 años cuando sus padres trabajaban para los jesuitas en la Universidad de Centro América en San Salvador. Su madre Elba era la empleada doméstica, y su padre Obdulio era el velador y jardinero. Celina estaba en la preparatoria. Su casa había sido de bombardeo durante la guerra civil salvadoreña, por lo que Celina y su madre dormían en una pequeña habitación en la residencia de los jesuitas, mientras que su padre se quedaba en la caseta de vigilancia.

El gobierno militar estaba luchando contra una coalición de la guerrilla, resultando en violencia horrible. Al final, más de 70,000 (setenta mil) personas murieron, y más de 8,000 habían “desaparecido”. Medio millón fueron desplazadas dentro del país, y otro medio millón se convirtieron en refugiados en otros lugares. El Salvador es el país más pequeño de Centro América; la población es alrededor de 6 millón. El gobierno de Estados Unidos apoyó al gobierno militar salvadoreño, por lo que contribuyó a la opresión.

Los jesuitas en la universidad habían estado hablando a favor de los derechos de los pobres. Hace exactamente veinticinco años, el 16 de noviembre de 1989, una semana después de que la caída del muro de Berlín trajo gozosa liberación en otra parte del mundo, un escuadrón de la muerte del ejército salvadoreño entró en la residencia de los jesuitas en San Salvador. Se les había dado la orden de matar al presidente de la universidad, el padre Ignacio Ellacuría y no dejar testigos. Cuando los soldados trataron de romper la puerta de entrada, los sacerdotes les abrieron la casa a ellos. Los soldados obligaron a los jesuitas a acostarse boca abajo en el jardín de la parte de atrás, mientras que registraban toda la casa. Los asesinos dispararon y mataron a los seis sacerdotes, a la empleada doméstica Elba, y su hija de 16 años de edad, Celina. Obdulio descubrió sus cuerpos al día siguiente; su esposa murió abrazando a su hija. He hecho dos viajes a El Salvador. He visto la residencia de los jesuitas, el jardín, y las rosas que Obdulio plantó.

Todos los que murieron era en esa residencia porque estaban utilizando los talentos que Dios les había regalado. La mayoría eran eruditos que estudiaron justicia social y hablaron de ello. La familia Ramos utilizaba sus talentos al ofrecer a los jesuitas una casa agradable, segura y limpia para su estudio, la oración y la comunidad.

La parábola de Jesús sobre los talentos habla de las recompensas que obtenemos cuando compartimos lo que Dios nos da. Si utilizamos bien nuestros talentos, Dios nos dará aún más. Todos tenemos experiencia de ello. Cuando ayudas a alguien que tiene necesidad, cuando traes su carga, cuando arreglas su casa, o cuando visitas a un enfermo, te sientes bien, y tienes aún más energía, no menos.

Lo que la parábola no dice es que a veces esos talentos nos pueden poner en peligro. A veces Dios nos pide que digamos palabras o hacer acciones de caridad que van a molestar a los poderosos. Dios puede escogernos para una tarea importante en la familia, en el barrio, o en la escuela. Aunque parezca difícil de realizar, pero probablemente Dios ya nos ha dado los talentos que

Trigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario

necesitamos para llevarlo a cabo. A veces, incluso haciendo algo muy normal, como la limpieza en casa o cuidando el jardín, nuestras acciones pueden ser recordadas siempre porque estábamos haciendo lo que Dios nos pidió en el momento justo.

Podemos preguntarnos, “¿Qué quiere Dios que yo sea?” Dios nos ha hecho cada uno de nosotros para un determinado tiempo y lugar, y nos ha dotado de dones especiales. A lo largo de nuestra vida seguimos descubriendo cuales son esos talentos y como utilizarlos. Cuando los descubrimos, incluso en tiempos de conflicto, vamos a agradecer a Dios y a experimentar plenitud.